

DE BUENAS LETRAS

Teléfonos impertinentes

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Todos hemos visto películas de espías o héroes de esos que se infiltran en cualquier organización y salvan a la persona importante escondiéndose y sorprendiendo a los malos. En tales casos es vital el silencio. El chico, como lo llamábamos antes, es decir el protagonista, se acerca solapadamente a los confiados secuestradores, traficantes, espías enemigos y, ¡de un golpe!, los neutraliza, o dicho de forma más brutal, se los lleva por delante, se los carga, los apiola.

Pues bien, imaginemos por un instante que en esos momentos previos tan sigilosos, donde tan importante es la sorpresa ante los malhechores, suena el móvil del bueno y se escucha una voz diciendo «Buenas tardes, mi nombre es X y le llamo para recomendarle mejor su contrato de telefonía, con ventajas que nadie...».

¿No podría Jason Statham, por ejemplo, acusar de homicidio involuntario a esas compañías, sean de telefonía, de servicio eléctrico, ONGs varias o de instalación de paneles solares, que incordian proponiendo servicios que, si uno está interesado, bastaría con acudir a sus sucursales, consultar sus páginas web o, simplemente, que sea el usuario quien telefonee interesándose por sus mejoras de las contrataciones existentes? Por suerte, en la vida real, las Unidades de Intervención Policial, que hacen lo de las películas pero en serio, deben llevar los móviles apagados o dejarlos en el cuartel, porque si no..., imagínense.

Peor aún, y prescindiré de ficciones cinematográficas: uno espera la llamada de un familiar que acompaña a otro que está siendo intervenido en quirófano, o aguarda la confirmación de llegada de

alguien que ha partido de viaje (en esos casos, y sobre todo la gente mayor, siempre tememos lo peor: accidente de coche, avión estrellado, tren descarrilado), o del todo más grave: uno acecha que el amado o la amada, a quien se acaba de enviar un mensaje confesándole amor, conteste aceptando o rehusando, y ¡zas!, ese imprudentísimo telefonazo de la señorita X ofreciéndole tropecientos gigas de internet.

¡Cuántas veces me han llamado interrumpiéndome la siesta! Pongo el móvil en no molestar (¡oh, sí!), pero de tal hora a tal otra, y a lo peor, ese día sesteo más temprano o más tarde, y allí tengo al zángano de turno señor X de tal o cual compañía. Jaquecas, afecciones estomacales, sinsabores hepáticos, incordios renales, de todo eso se les puede acusar. Al menos, que nos paguen las terapias de relajación.